

LOS  
**MARTIRES DEL EGOISMO**

—FEDERICO Y ROSA CABOT—

---

EPISODIO

DEL FOLLETO TITULADO :

**MONTEVIDEO BAJO EL AZOTE EPIDÉMICO**

POR

**HERACLIO C. FAJARDO**

---

**MONTEVIDEO**

Librería nueva, calle del 25 de Mayo, 202°

1857



# LOS MÁRTIRES DEL EGOISMO

—FEDERICO Y ROSA CABOT—



EPISODIO

DEL FOLLETO TITULADO :

**MONTEVIDEO BAJO EL AZOTE EPIDÉMICO**

POR

**HERACLIO C. FAJARDO**



**MONTEVIDEO**

*Imprenta del Sr. Rosete, Buenos Aires 205*

**1857**



# LOS MÁRTIRES DEL EGOISMO

FEDERICO Y ROSA CABOT

## Preámbulo

Vamos á tratar del episodio mas triste de la época funesta por que acaba de pasar Montevideo. La prensa se ha ocupado de él estensamente y hasta ha pasado ya al dominio de la novela.

Pero nosotros, sacrificando á la realidad de los hechos todo adorno romanesco, todo rasgo imaginario, vamos á hacer el fiel relato del suceso, apoyados en datos verídicos y minuciosos, recogidos de personas fidedignas que han desempeñado distintos roles en ese trágico episodio.

Por lo demas, este ha sido demasiado extraordinario para que carezca de interes en su desnuda realidad y deje de conmover al corazon ménos sensible.

Merced á la bondad de aquellas personas, que nos abstentemos de nombrar pero que son bastante conocidas en Montevideo para garantir nuestros asertos, estamos en posesion de detalles acerca de aquel suceso llenos de interes y de verdad, que aun no han pasado á ser de público dominio y que esperamos darán á este relato una novedad de que sin ellos carecería.

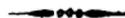
La naturaleza de esos pormenores es demasiado poética, demasiado romanesca para que deje de despertar la incredulidad de algunos, que nos creerán muchas veces dominados por la imaginacion al escribir estas páginas. Pero, lo repetimos, en ellas solo se leerá una narracion fielmenté histórica hasta en sus mínimos detalles.

Y aquí juzgamos á propósito repetir lo que hemos dicho en otra parte, á fin de responder una vez por todas á las increpaciones de *cruidad* que ciertos *espíritus míopes*, ciertos ánimos nímia y ridículamente compasivos se han permitido hacernos por nuestro empeño en *recalcar* sobre el suceso:—El escritor y el poeta son los sacerdotes de la humanidad y cuando esta ha sido hollada en sus creencias, en su culto, ellos deben sobreponerse á toda *consideracion* subalterna, á todo sentimiento de piedad individual para alzar su voz de trueno concitando el *anatema universal* sobre la frente del profano.

Una *comiseracion* mal entendida, cuando se trata de la salud del pueblo, cuando la naturaleza ha sido renegada, la sociedad escarnecida, disuelta la familia, un silencio compasivo cuando se trata del escarmiento del crimen ó de poner un freno saludable á la degeneración de nuestra raza, sería en el escritor, eco del pueblo; sería en el poeta, eco de la justicia divina, mas que una debilidad, una vileza; mas que una deferencia al infortunio, un menosprecio de la humanidad, una falta grave en el cumplimiento de sus sagrados deberes.

El Divino Redentor del Universo, modelo de bondad y mansedumbre, no trepidó en arrojarse del templo á los profanos con sublime indignacion y energía.

Por eso hemos aplaudido con conciencia y aplaudiremos todo aquello que tienda á acarrear la pública execracion sobre la cabeza del egoísta sórdido y criminal, del padre sin entrañas que abandonara sus hijos á los horrores de la muerte, negándoles hasta el rincón del hogar en que tenían el derecho de morir.



## I

Las siguientes partidas, que constan á fojas 19 del “Libro de entradas de enfermos civiles que dá principio á 16 de Marzo de 1857” son el resumen del suceso de que nos vamos á ocupar:

“HOSPITAL DE CARIDAD.—15 de Abril de 1857.—Sala Provisoria para las enfermas de la epidemia, cama número 5. —ROSA CABOT, Oriental, 15 años, soltera; hija de José Cabot y Cayetana Cápua; vive en la calle de la Florida número 71, y há cinco dias enfermó de la fiebre reinante.

“Falleció hoy, 16 de Abril de 1857, á las 9 y 25 minutos de la mañana.—Causó tres hospitalidades.”

“HOSPITAL DE CARIDAD.—15 de Abril de 1857.—Sala Maciel, cama número 16 —FEDERICO CABOT, Argentino; hermano de la anterior, de 21 años, soltero; hijo de José Cabot y Cayetana Cápua; vive en la calle de la Florida, número 71, y há tres dias enfermó de la fiebre reinante.

“Falleció hoy, 16 de Abril de 1857, á las 10 ménos 15 minutos de la mañana.—Causó tres hospitalidades.”

## II

Rosa Cabot era una bellissima criatura,—uno de esos tipos rafaélicos que reúnen á la perfeccion de las formas la mágia de la espresion, la seduccion de la gracia y del espíritu.

Apenas tenía 15 años!

Las seductoras imàgenes de amor y felicidad empezaban recien á sonreirle y á poblar el horizonte de sus ensueños de vírgen.—Recien se abria su corazón, rico de sensibilidad y de ilusiones, á esa infinita série de sabrosas emociones que forman la vida íntima de la mujer adolescente, como se entreabre el pimpollo á las caricias de las auras.

Recien empezaba aquella *rosa* á desplegar en los jardines sociales la hermosura de sus pétalos, el hechizo de su gracia, la dulzura de su aroma.

¡Cuántos corazones entusiastas habian ya palpitado de amor en su presencia, despertando tal vez en lo mas hondo del suyo una fibra misteriosa que empezaba ya á vibrar con dulcísimos latidos! . . . . .

Rosa era una hija obediente y una hermana cariñosa.

En los primeros dias del mes de Abril moraba en compañía de su hermana Da. Adelaida, esposa de D. Joaquin Alabanell.

Con motivo de la epidemia, este estaba en vísperas de trasportar su familia afuera de la ciudad: Rosa debía acompañarlos.

Pero su hermano Federico se presenta á buscarla en nombre de su padre, y con la infausta noticia de que su madre y dos de sus hermanos habian sido atacados por la peste.—Rosa vuela á la casa paterna y asiste á sus deudos enfermos.

El 9 de Abril cae á su turno víctima de la funesta epidemia.

El 11 Federico es tambien presa del flagelo.

Su madre y su hermana Cristina, restablecidas ya, se trasportan al Reducto.—Quedan al lado de los enfermos su padre, José Cabot, y su hermana Anita.

El 12, muere el niño Alberto que habia caido primeramente enfermo.

Rosa y Federido habian sido violentamente atacados; el azote destructor hacia en ellos progresos horrorosos. Y sin embargo, todavía no habían merecido otra asistencia que la de Anita y las visitas del Sr. Pedralvez su primo, y del Dr. Parasols, que habia aconsejado inútilmente á Cabot convocara una junta de facultativos.—En toda la casa no había un solo criado, un solo enfermero!....

¿Este Cabot, es algun pobre jornalero que solo cuenta con el producto de su trabajo cotidiano para no hallar una persona que asista á sus hijos agonizantes?....

José Cabot es un rico propietario; es un hombre que tiene cofres llenos de oro:—pero es un insigne avaro, un sordido egoísta, un ser desnaturalizado, un padre sin entrañas!

### III

El 15 de Abril, como á las nueve de la mañana, Albanell, el yerno de aquel hombre, se apeó frente á la casa número 71 de la calle de la Florida, y entró á conferenciar con su suegro. —¡Diabólico conciliábulo, del que debía resultar un crimen que escandalizaría á la sociedad!

. . . . .

Media hora despues volvió á salir, montó á caballo y se dirigió á casa del Sr. D. Juan Ramon Gomez. No habiendo encontrado á éste, se apersonó acto continuo al Hospital de Caridad.

—¿Qué se le ofrece á V.? preguntó el encargado.

—Vengo á pedir dos camillas para que sean traídas al Hospital dos personas atacadas de la fiebre en la calle de la Florida núm. 71, contestó Albanell.

—Irán en el momento.

El señor Miranda, presente al diálogo, se encargó de ir con las camillas.

Albanell volvió á montar á caballo y se dirigió á la caballeriza á dejar este, para volver á casa de su suegro.

Al doblar por la calle de Misiones se encontró con el joven D. Pedro Antonio Gomez que salía del Hotel de Vapor; paróse y se apeó á hablarle.

—Sr. Gomez, le dijo, Federico y Rosa Cabot han sido atacados por la fiebre. Su padre ha determinado que sean conducidos al Hospital de Caridad por no tener quien los

asista en casa. Acabo de pedir dos camillas que no deben demorar en ir á buscarlos. Como es probable que Federico oponga alguna resistencia y V. es amigo de él, le suplico que vaya á aconsejarle que obedezca las órdenes de su padre.

Y antes que nuestro amigo hubiese salido de la estupefacción que le ocasionaban sus palabras, Albanell montó á caballo y continuó su camino.

El joven Gomez se dirigió inmediatamente á la calle de la Florida y entró en casa de Cabot.

En la antesala encontró á una joven rubia tendida sobre un sofá y deshecha en lágrimas.—Era Anita.

—Señorita, le dijo, acabo de saber que Rosita y Federico han sido atacados por la epidemia y que su padre de V. ha resuelto que sean conducidos al Hospital... ¿Es esto cierto?....

La joven continuaba llorando amargamente y cubriéndose el rostro con las manos. A la interpelación del Sr. Gomez se limitó á responder entre sollozos, indicando la puerta de una pieza contigua:

—Ahí está papá....

Nuestro amigo, siguiendo esta indicacion, entró á la sala y encontró en ella á Cabot paseándose agitadísimo, como el hombre que proyecta un crimen y se dispone á ejecutarlo.

—¿Qué se le ofrece á V.? exclamó bruscamente y estremeciéndose hasta la raíz de los cabellos, como si hubiera sido sorprendido en infraganti delito, al ver entrar al Sr. Gomez.

—Señor, contestó este titubeando, se me acaba de informar de la desgracia que abrumba á su familia.... pero no creo que ella pueda estraviar su razon á extremo de hacerle desconocer sus deberes de padre.... pues tambien se me ha dicho que V. ha resuelto mandar sus hijos al Hospital....

—¿Y bien?....

—Y bien, señor, yo creo que V. no debió jamás tomar semejante resolución.

—Pues la he tomado.

—Imposible!.... V. no puede haber tomado una resolución que acarrearía sobre su cabeza el vilipendio general.

—¿Cómo, caba!lero?... ¿Con qué derecho me habla V. en ese tono? gritó Cabot como si hubiera sido herido en lo mas hondo de los remordimientos que empezaban ya á agitarlo.

—Con el derecho de la amistad que me liga á Federico, respondió gravemente el jóven Gomez; con el derecho de la humanidad, que me induce á interesarme por la suerte de sus hijos, como por la de cualquiera de mis semejantes.

Cabot se dejó caer sobre un sofá y apoyó la frente en su mano derecha, como queriendo evitar la mirada de su interlocutor.—Este continuó despues de una breve pausa:

—Yo no alcanzo las razones que puedan haber decidido á V. á tomar semejante resolución con respecto á sus hijos...

—La razón, interrumpió Cabot, es que no tengo en casa quien los asista..... pues yo soy un hombre achacoso..... y Anita no es bastante.

—Pero, señor, permítame V. que le diga que no le faltaría un hombre y una muger que mediante un módico salario....

—Ya se han buscado y no se hallan, interrumpió de nuevo Cabot; todos temen el contagio, y no quieren por dinero alguno encargarse de la asistencia de apestados.

—La Sociedad Filantrópica, señor Cabot, proporciona á todo el mundo, pobres y ricos, enfermeros de ambos sexos. Yo me encargo de ir á buscar dos.

—Es inútil: ya he resuelto que se lleven al Hospital. Además allí estarán tan bien tratados como en casa.

—No lo dudo; pero V. debe comprender que la idea de ser conducidos á un hospital general tiene que ser mas ter-

rible para sus hijos, para Rosita sobre todo, que la enfermedad de que son víctimas. No es solo esto: V. sabe que al Hospital no van mas que las clases indigentes, los infelices que no tienen recursos ni familia; y la noticia de que V. había mandado allí sus hijos, produciría en la sociedad una gran sensación, y se formarían conjeturas muy poco favorables para V...

—¿Qué dirían? dijo Cabot con acento cavernoso, clavando en nuestro amigo una mirada sombría.

—Dirían, respondió este, que V. es un mal padre... Perdone V. mi franqueza, pero las circunstancias son solemnes... Dirían que el miedo del contagio, el egoismo ó la avaricia lo habían determinado á arrojar á sus hijos moribundos de su casa, á negarles los auxilios de la ciencia, un puñado de oro de sus cofres; á hacerlos llevar al Hospital en la camilla del mendigo, del jornalero, del pobre; á colocarlos allí en las salas generales, entre cien infelices que agonizan ó se debaten con las ansias de la muerte....

—¡Basta, basta! exclamó Cabot, oprimiéndose con ambas manos las sienes y cayendo en una especie de abatimiento doloroso.

En ese instante entró Albanell.

## IV

—Ya están ahí las camillas, dijo al entrar en la sala el yerno de Cabot.

Este, al oír la voz de su cómplice, pareció recuperar la energía de voluntad que le iba abandonando, y dirigiéndole la palabra:

—Despacha de una vez, dijo á Albanell con un aplomo inconcebible.

—Pero señores, observó Gomez, eso es imposible!... Me-

ditad bien lo que haccis; ved que os esponeis á una censura terrible por parte de la sociedad.

—Esto es cosa decidida, contestó Albanell con impaciencia.

Y se dirigió á las piezas interiores. Nuestro amigo le siguió maquinalmente.

Un espectáculo tristísimo ofrecióse bien pronto á su mirada que dudaba de lo que veía.

Federico, tendido sobre un pobre catre, en un desórden lastimoso y cubierto con la sangre de sus vómitos, exhalaba quejidos desgarradores y se agitaba con convulsiones espantosas.

Estaba completamente solo!....

Gomez se acercó á su lecho, tomó sus manos y trató de consolarlo.

—Federico, le dijo por último, sabes lo que tu padre ha resuelto respecto á tí y á Rosita?

—Lo sé, contestó aquel esforzándose por sonreir tristemente, y solo lo siento por mi pobre hermana.

—Ea, Federico, dijo Albanell haciendo señas de entrar á dos hombres que acababan de depositar una de las camillas á la puerta; es preciso entrar allí para ser conducido á donde ordena tu padre.

—Estoy pronto, respondió el jóven con la resignacion de un mártir.

Y dirigiéndose á Gomez:

—Pedro, agregó, vé á consolar á mi hermana, á darle fuerzas para consumir el sacrificio de obediencia; pues bien las debe precisar, la pobrecita!

Gomez salió del aposento con el corazon oprimido y la voz anudada en la garganta, y se dirigió á la alcoba de la virgen. Pero sus pies se clavaron en el dintel.

Rosa estaba tambien sola y en el mismo estado que su hermano!...

Al oír que la nombraban, al ver á nuestro amigo en la puerta y traslucir en el semblante de este la impresion que le causaba, la jóven ocultó el rostro en las manos, y se deshizo en lágrimas y sollozos.—En ese momento Anita entró en el cuarto y se precipitó sobre la cama de aquella en un estado de desolacion indescrípible.

Casi al mismo tiempo, otros dos hombres depositaban junto á la puerta de la alcoba la segunda camilla del Hospital. Aquello era demasiado !

Nuestro amigo no tuvo fuerzas para mas, y se precipitó á la calle sofocado de dolor y ardiendo en indignacion.

Quince minutos despues, entraban al Hospital de Caridad dos camillas con enfermos, y D. Joaquin Albanell dictaba con la mayor flemma del mundo el primer párrafo de las fantidicas partidas que insertamos á la cabeza de este relato.

## V

Gomez habia precedido á las camillas.

Al entrar al Hospital encontró en la secretaría al Dr. Odicini y á D. Jacobo Varela, á quienes comunicó lo que acababa de pasar y la próxima llegada al Hospital de los hijos de Cabot.

Al oír la narracion de nuestro amigo, la indignacion de aquellos señores igualó la de este. Sin embargo, trataron de dominarse, y se dispusieron á recibir del modo mas digno á las infelices criaturas arrojadas del techo paterno. La madre Superiora fué advertida, y esta se encargó de substituir la cama número 5 de la Sala Provisoria destinada á las enfermas de la peste, por otra mas decente para Rosa. Gomez se encargó de la de Federico, que hizo colocar en el número 16 de la sala de Maciel.—Ambas fueron posteriormente rodeadas por un biombo.

Detras de las camillas venia Albanell con Anita, y el jóven E.... P...., pálido y descompuesto por una aflicción punzante. Sus ojos no se separaban de la camilla de Rosa, como si fuera dentro de ella mitad de su corazón....

Luego que hubieron llegado los enfermos al Hospital, cada uno fué conducido á la cama que se le habia destinado.

Las Hermanas de Caridad se apoderaron de Rosa.—La jóven estaba como aletargada.

Sin embargo, al desnudarla aquellas para ponerla en la cama, volvió en sí, abrió sus hermosos ojos negros y paseó á su alrededor una mirada despavorida.—En seguida, viendo la solicitud con que la rodeaban las Hermanas, el semblante cariñoso y los miramientos que le prestaban estas angélicas mugeres, Rosa se echó en brazos de una de ellas y prorrumpió en copiosas lágrimas.

—No lloreis, hermana mía, no os aflijais inútilmente, le dijo la Superiora con voz dulce y afectuosa. Estais como en vuestra casa, estais en el seno de vuestras hermanas en Jesucristo, y nada os faltará á fin que recuperéis vuestra salud prontamente.

—Oh! señoras, no me abandoneis un instante, no os separeis de mi lado, porque tengo mucho miedo...., mucho miedo de estar en esta casa que siempre me ha inspirado horror!

—No le tengais, hermana mía: nosotras no nos separaremos de vuestro lado, os cuidaremos con esmero, y pronto tendremos el placer de veros restablecida.

Mas tarde, haciéndose necesario cambiarla de ropa blanca, entró una de las Hermanas con una camisa del Hospital en la mano.

—¿Me vais á poner esa camisa? preguntó Rosa, viendo que aquellas se disponian á hacerlo; y á su respuesta afirmativa:

—Oh! no, por Dios! agregó con visible repugnancia. Su-

plicad al Sr. Gomez que tenga la bondad de mandarme buscar ropa blanca á casa de mi cuñado.

Nuestro amigo fué advertido, y desempeñó inmediatamente esta comision en persona.

Al mudar á la jóven de camisa, las hermanas soltaron repentinamente una esclamaeion de alegría, y elevaron al cielo sus ojos, húmedos por las lágrimas del mas santo enternecimiento.

Acababan de ver pendiente del cuello de Rosa una de las medallas de la Santísima Virgen que ellas habían distribuido el dia de su instalacion en el Hospital de Caridad!....

Este episodio tocante aumentó el interés de las piadosas mugeres hácia la hermosa y desgraciada criatura.—La existencia de aquella imájen de la Inmaculada en aquel seno de virgen, era tan elocuente para ellas!.... hablaba tan en favor de los sentimientos religiosos de la jóven ! . . . . .

. . . . .

## VI

Los Dres. Odicini y Ferreira rivalizaban en interes por los jóvenes enfermos y apuraban los recursos de sus vastos conocimientos científicos á fin de restituirles la salud.

¡Pero, ay! todo era en vano! . . . . Era ya demasiado tarde para que la ciencia pudiera neutralizar la accion del jérmen deletéreo, que hacía tres dias minaba libremente a uno y cinco á la otra! . . . . .

Entre tanto, la noticia de la infame conducta de Cabot se había estendido por todos los ángulos de la ciudad con eléctrica presteza, escitando la pública indignacion en grado superlativo.—Uno de los órganos de la prensa, *El Nacional*, repercutió su primer grito en la tarde del dia 14; todos los demas periódicos repitieron á su turno ese enérgico ¡alerta! de los sentinelas de la humanidad.

Los amigos y amigas de las desgraciadas criaturas corrieron al Hospital. Pero los médicos tuvieron bien pronto que prohibir estas visitas, porque ellas agravaban con nuevas emociones el estado de los enfermos.

El 14 á las diez de la mañana, Cabot se presentó en el Hospital á ver á sus hijos.

Gomez y D. Jacobo Varela estaban al lado de Federico. En el momento de presentarse Cabot, aquellos se levantan por delicadeza y dejan á este solo con su hijo.

—¿Cómo te hallas, Federico? dijo Cabot secamente.

—¿Cómo quiere vd. que me halle, en medio de un Hospital, confundido con los mendigos de la ciudad?

Cabot bajó al suelo la vista y no agregó una palabra. — Federico continuó:

—Señor, no me hubiera faltado un amigo, un hombre caritativo que me recojiera en su casa, proporcionándome la asistencia que vd. nos ha negado, á mí y á mi hermana; pero he rehusado este generoso ofrecimiento, por tal de darle una prueba de mi obediencia filial, aun á costa del sacrificio de mi vida.

Cabot, sin pronunciar una sílaba, volvió á separarse de su hijo con la impasibilidad de una roca estampada en su semblante de fiera.

El pequeño biombo que rodeaba la cama de Federico no fué bastante para ahogar las palabras de este, que llegaron graves y distintas al oído de Gomez y D. Jacobo Varela.

Cabot tomó del brazo á su hija Anita, que estaba anegada en lágrimas junto á la cama de Rosa, volvió á su casa, montó con aquella en un carruaje y se metió en su quinta del Reducto.

. . . . .

Una escena bien distinta tenia lugar el dia siguiente, como á las 5 de la tarde.

El jóven y recomendable Dr. D. Adolfo Pedralvez y de

Cápua, primo carnal de los hijos de Cabot, se presentaba al Hospital agitado y conmovido, pidiendo con instancia se le permitiera hablar á los enfermos. Pero la prohibicion de estar con estos otras personas que las del establecimiento, era estricta y absoluta.

El Dr. Pedralvez se habia ausentado, como la mayor parte de la poblacion, de la ciudad contagiada. Sin embargo, venia á ella algunas veces por el dia y regresaba á la noche. Varias ocasiones se habia presentado en casa de Cabot y asistido á su familia enferma. El 12 de abril, despues de haber acompañado al cementerio al niño Alberto, y hallándose aparentemente mejorados Federico y Rosa, volvió á su habitacion temporaria en las cercanías de Montevideo.

El 13 llegó recién á su oido la noticia de la villana conducta de Cabot, y el jóven Pedralvez se apresuró á transportarse á la ciudad con la generosa intencion de sacar á aquellos del Hospital, llevarlos á su casa y costearles una esmerada asistencia.

Ante la prohibicion que le impedia ver á sus primos, el Dr. Pedralvez manifestó á los encargados del Hospital aquella intencion, y suplicó se le concediese realizarla con una solicitud y un interes conmoventes. Pero no solo se oponian los reglamentos á acceder á su dignísima demanda, sino que el estado de los enfermos no permitia ya la mínima traslacion.

Entónces el jóven Doctor se retiró desconsolado, renovando sus ofrecimientos y suplicando con instancia que fueran aceptados en cuanto pudieran ser útiles á la mejor asistencia de sus primos.

## VII

Las Hermanas de Caridad no abandonaban un solo instante á Rosa. Dos de ellas velaban constantemente al lado de su cama, de dia y de noche, asistiéndola con un esmero verdaderamente maternal, despreocupando su espíritu de las terribles ideas que la asaltaban especialmente à la noche; distrayendo su pensamiento de la obsesion de la muerte, que veía á cada instante aprocsimarse á su lecho, destruyendo en su cimiento todos los planes risueños de amor y felicidad que puede concebir en sus latidos un corazon de quince años!

Jamas los caritativos oficios de aquellas santas mujeres las hiciera mas acreedoras al nombre con que las hemos designado en este opúsculo. Rosa veía efectivamente en ellas sus *ánjeles del consuelo* y trataba de probárselo en sus lánguidas miradas, preñadas de gratitud, en sus palabras llenas de amor y de ternura,

El 15 por la mañana la jóven parecia experimentar una leve mejoría. La madre Superiora bajó á informarse de su salud, y á alentarla como de costumbre con sus palabras evanjélicas.

—Oh! cuán buena sois, señora, y cuán dignas de vos vuestras hermanas! dijo Rosa débilmente, mirándola con la espresion del mas hondo agradecimiento y besando sus manos con ternura. Merced á vuestros desvelos, me siento efectivamente mejor. . . . mejor de espíritu, sino de salud. . . . porque coozco que no tendré bastante resistencia para escapar de esta terrible enfermedad que me desgarrá las entrañas y me abrasa la cabeza! . . .

—No digais eso, hija mia! Creed que estais mucho mejor de salud, y que pronto estareis fuera de peligro si teneis

confianza en Dios y fortaleza de espíritu. . . . El médico me lo ha asegurado.

—Oh! si así fuera, señora. . . . cuán dulce me sería vivir para amaros! . . . Yo quisiera entonces no separarme de vosotras un solo instante. . . . de vosotras, en quienes encontró esta pobre huérfana el cariño de que fué desheredada en su desgracia. . . . Yo no podría pasar un solo día sin veros. . . . sin pagaros en besos y caricias todo el bien que me habeis hecho. . . . sin compartir vuestra mision y consagrarme á vuestra obra, para pagaros en cierto modo la deuda de gratitud que me habeis hecho contraer.

—Mirad, señora, agregó Rosa tomando un crucifijo que habia sobre la mesa, al lado de su cama, y besándolo con efusion; tengo quince años. . . . me han dicho que soy hermosa. . . . el porvenir me sonreía con mil halagos sociales, con mil venturas quiméricas que halagan la vanidad de la mujer que no ha sufrido. . . . Pero os juro que si la infinita misericordia me restituyese la salud, mi corazon no se abrasaría jamas en otro amor, que en el amor de Jesucristo! . . .

—Oh! lo siento desde ahora! continuó la jóven cubriendo el crucifijo con sus besos. ¡Gracias, Dios mío! . . . Vos me habeis hecho comprender cuan superior es vuestro amor á todos los goces mundanos, enviando junto á mi lecho de dolor estos ángeles piadosos, consagrados á ejercer la caridad, que es vuestro mejor servicio, en cumplimiento de vuestra santa doctrina.

Rosa habia pronunciado estas palabras animándose progresivamente de una febril escitacion que alarmò á la Superiora; sus mejillas pálidas, hundidas y amarillentas habíanse coloreado con un lijero tinte de carmin, y sus ojos clavados en el crucifijo, despedian un fuego extraño que reflejaba su mental exaltacion, un místico arrobamiento.

La Superiora comprendió que habia peligro en la pronon-

gacion de aquel estado, y trató de ponerle término intentando tomar el crucifijo de las manos de la jóven; pero esta, oprimiéndolo contra su pecho y cubriéndolo con sus manos:

—¡No me lo arranqueis, señora! dijo con voz suplicante. ¡No me arranqueis á mi divino esposo Jesucristo! . . . Ninguna pasion mundana ha gastado todavía mi corazon, para que no deba aspirar á merecerlo. . . Si! desde ya pertenezco á él, á él únicamente! . . . Para él todo el incienso de mi alma; para él todo el amor de mi pecho!

.....

.....

## VIII

• El mismo dia 15, al caer la noche, la situacion de los simpáticos enfermos agravóse considerablemente.

Muy pocas esperanzas daban ya de restablecimiento á cuantos los rodeaban. Varias juntas de médicos tuvieron lugar; pero, ya lo hemos dicho, era demasiado tarde para que la ciencia pudiera neutralizar la accion del gérmen deletereo.

Gomez por su parte no abandonaba á Federico. ¡Cuán noble y consoladora es la amistad que nos acompaña hasta la tumba, y cuya mano podemos aun estrechar al despedirnos de la vida! . . .

Como á las 8 de la noche se creyó deber suministrar á ambos hermanos los auxilios espirituales.—Uno de los padres jesuitas llenó esta triste ceremonia.

Minutos despues de haber recibido la hostia sagrada, Federico tuvo un vómito terrible en el cual la volvió probablemente.—Así al menos lo presumía el infeliz llenándose de pavor supersticioso.

—Gomez, dijo á su amigo con la vista estraviada por el delirio de la fiebre; temo haber cometido un sacrilejio! . . .

—¿Cómo? . . . interrogó aquel estupefacto.

—Sí, porque he lanzado la hostia que acabo de comulgar!

—Tranquilízate, Federico: eso no es probable. Y aunque así fuera, desde que no lo has hecho voluntariamente en nada puedes haber ofendido á Dios.

—Oh! quién sabe, quiénsabe, amigo mio! . . . Mira, vé á ver al sacerdote y dile que si es posible me suministre de nuevo el sacramento.

Gomez accedió á esta preocupacion relijiosa de su amigo, y fué á buscar al sacerdote. Volvió bien pronto con este, quien tranquilizó el espíritu del enfermo con las mismas reflexiones que aquel habia empleado. En seguida suministró de nuevo el pan de eterna salud.

Entónces las facciones de Federico volvieron á armonizarse con la tranquilidad de la conciencia, y el jóven quedó como sumerjido en una especie de sopor.

Gomez se aprovechó de este momento de reposo para bajar un instante á la secretaría.

Allí encontró á Cabot que acababa de llegar en un carruaje con sus hijas Cristina y Anita.

Cabot habia venido con la pretension de sacar á Rosa y Federico del Hospital para llevarlos á su casa, en momentos en que estos estaban casi agonizando.

Este hipócrita y tardío arrepentimiento tenia su orijen en que la indignacion del pueblo por su villana conducta habia estallado ya de una manera aterradora, y en que Cabot tenia miedo, no del baldon que caía sobre su frente, no del desprecio universal, sino de que este pudiera redundar en deterioro de sus cofres.

Está por demás decir que su ridicula demanda fué rechazada con enerjía, no solo por el estado en que se hallaban los enfermos, como tambien por no tener ya Cabot el derecho de reqlamar su asistencia.

Al entrar en la secretaría Gomez mostró no apercibirse de su presencia, y contó á D. Jacobo Varela y al Dr. Odi-

cini, en voz bastante alta para que pudiera ser oído por Cabot, lo que acababa de pasar con Federico.

Mientras que todos los circunstantes manifestaban los mas claros indicios de enternecimiento á este tocante relato, el semblante de Cabot ostentaba la mas perfecta impasibilidad!

Luego que Gomez hubo concluido, se levantó en silencio, tomó á sus hijas del brazo, montó con ellas en el carruaje y se volvió á su quinta del Reducto.

Entónces, un hombre que habia permanecido silencioso en un rincon y derramado abundantes lágrimas durante la narracion de Gomez, tomó á este por el brazo, y llevándolo hácia un lado:

—Suplico á V. que me obtenga permiso á fin de que pueda ver á Federico, le dijo en voz baja.

Nuestro amigo cambió algunas palabras con el Dr. Odicini y D. Jacobo Varela, y haciendo en seguida á aquel hombre señal de que le siguiera, subió con él las escaleras del Hospital. D. Jacobo Varela les seguía.

Al llegar al biombo que encerraba la cama de Federico, Gomez detuvo á su compañero, y penetró con D. Jacobo hasta el enfermo.

—Federico, le dijo, un amigo que te ama entrañablemente desea verte en este instante.

—Un amigo. . . . ¿Quién puede ser? . . . Tengo tantos. . . . \*

—Uno á quien distingues. . . . uno á quien amas con especialidad. . . .

—Entónces, que entre. . . . que entre! . . .

El desconocido se presentó, tomó las manos de Federico con cariño y clavó en él una mirada tristisima.—El enfermo por su turno lo miraba con atencion, pero con una mirada deslucida y sin espresion.

De repente su pecho selevanta, sus ojos preñanse de lá-

grimas, abre sus brazos y estrecha en ellos al desconocido con la mas grande efusion.

.....  
Este excelente sujeto era el Sr. D. Carlos Croker, comerciante de esta plaza, de cuyo registro Federico habia sido dependiente.  
.....

## IX

El 16, á las 8 de la mañana, los desgraciados hermanos entraron en agonía á un mismo tiempo. Parecía que la providencia les hubiese decretado la triple fraternidad de la sangre, de la desgracia y de la muerte.

Federico se debatía con convulsiones atroces.

Rosa moría como un ángel.

Un enflaquecimiento general habia enervado sus fuerzas y emborrachado el dolor. Apenas una respiracion forzosa y lenta diferenciaba de la inmovilidad de un cadáver la de su cuerpo en agonía.

De vez en cuando, sus ojos se entreabrían para fijarse con una espresion de indefinible ternura en el crucifijo que tenía entre sus manos, cruzadas sobre el pecho.

La madre Superiora, como el ángel de la agonía, inclinaba hácia la jóven su faz radiante de evanjélica dulzura, y murmuraba á su oido palabras llenas de consuelo, exhortaciones fervorosas.

Un rayo de sol primaveral iluminaba aquella escena conmovente.

—Madre mía. . . dijo Rosa con voz apagada y dulce, como el susurro lejano de la brisa; recitad una oracion. . . Os acompañaré mentalmente. . . Estoy tan débil! . . .

La Superiora y las demas Hermanas que rodeaban el lecho de la moribunda, se pusieron de rodillas y elevaron

al cielo una oracion, que debe haber precedido el alma pura de la virgen á la morada de los justos.

—Madre mía! . . . Hermanas mías! . . . añadió Rosa pasados breves instantes, y con una voz tan débil que apenas se percibía; me siento morir. . . . las fuerzas me abandonan. . . . adios! . . .

Despues de algunos minutos abrió de nuevo los ojos, y fijándolos en la Superiora con una mirada suplicante:

—Señora, continuó; bendecid á vuestra hija! . . .

Aquella imprimió sus lábios sobre la frente de la mártir.

—¡Gracias, madre mía! . . . Muero contenta. . . . ¡Adios! . . .

Y sus ojos se cerraron.

Y dos lágrimas surcaron por sus enjutas mejillas, como prendas de gratitud que las manos de las hermanas recojieron.

En seguida, estas se hincaron junto al lecho y rezaron en voz baja una oracion.

La Superiora se dirigió acto continuo á la Secretaria. En el camino encontró á Gomez, que se dirijía apresurado á asistir á Federico en sus últimos momentos.

—¿Y Rosita? . . preguntó á la Superiora.

—¡Poverinal. . . contestó esta alzando al cielo sus ojos, en que resplandecian la resignacion cristiana y la entereza de la fé. ¡Poverina! . . . está en el cielo! . . . . .

.....  
Eran las 9 y 25 minutos de la mañana.

Veinte minutos despues, Federico exhalaba el último suspiro en los brazos de su amigo, é iba á reunirse á su hermana en la vida de eternas recompensas.

.....  
Eran las 12 del dia, y todavía ninguno de sus deudos, á escepcion del Dr. Pedralvez, se habia presentado al Hospital á informarse de la salud de los que cran ya cadáveres!!!

X

La noticia de la muerte de los hermanos Cabot circuló por la ciudad con la velocidad del pensamiento.

Toda la poblacion se habia interesado por la suerte de aquellos infelices, y hacía votos por su restablecimiento á la salud.—Pero los misteriosos designios de la providencia habian decretado lo contrario.

Tal vez en la muerte de aquellas inocentes criaturas se revela la mano equitativa de la justicia divina ! . . . .

Si ellas hubiesen vivido, quizá el padre egoista y criminal hubiera eliminado el ejemplar y saludable castigo que le ha infligido la pública indignacion; y aquella crueldad, aquella desnaturalizacion sin ejemplo en nuestra historia hubiese quedado impune, á lo menos en la tierra.

Ademas, la disolucion de la familia era infalible. Ya lo hemos dicho otra vez: ¿cómo podrían jamas volver aquellos desgraciados al seno de una familia que los habia rechazado en circunstancias tan solemnes, abandonándolos á los horrores de una muerte casi infalible? ¿Cómo podrían jamas restituirle un cariño de que ella los habia desheredado vilmente, bárbaramente, desnaturalizadamente ? . . . .

El Artífice Supremo todo lo pesa en su infinita sabiduría, y halló tal vez mas equitativo y conforme con sus leyes infalibles llamar á los pobres huérfanos á su paternal morada....

.....

Un doble sentimiento, de compasion por las víctimas é indignacion por el verdugo, agitó al pueblo al recibir la noticia del fallecimiento de los hermanos malhadados.

Un inmenso gentío se hallaba aglomerado á las puertas del Hospital desde las doce del dia, atraído allí por el simpático aliciente de la desgracia de aquellos.

La Sociedad Filantrópica, así que supo su fallecimiento, envió al jóven D. Eduardo Madero á prevenir á los encarga-

dos del Hospital que habia resuelto costear las exequias de aquellas víctimas del egoismo, y que á la una de la tarde se presentaría para acompañar los restos al cementerio.

Los cadáveres habian sido colocados en sus correspondientes cajas mortuorias por nuestro jóven amigo D. Pedro Antonio Gomez y D. Jacobo Varela; en seguida, aquellas habian sido cerradas herméticamente y colocadas en el depósito del Hospital, donde el Padre Martin Perez les hizo el oficio de difuntos.

A las doce y tres cuartos, todos los miembros de la Sociedad Filantrópica se apersonaron en corporacion al Hospital. Como hemos dicho, desde las 12 habia ya un gentío ~~l~~menso.

A la una en punto, los dos féretros vencieron el dintel del piadoso establecimiento: el carro fúnebre principal los aguardaba ya à pocos pasos.

Entónces el Sr. D. Juan José Arteaga se adelantó con dos coronas de flores artificiales en la mano, y colocando una blanca sobre el féretro de Rosa y otra azul sobre el de Federico, pronunció con emocion y solemnidad la siguiente alocucion:

«A nombre de la Sociedad Filantrópica, deposito estas coronas sobre los ataúdes de esos dos jóvenes, víctimas del egoismo.»

Casi todos los circunstantes vertían lágrimas sentidas.

Un silencio solemne y relijioso reinaba en derredor, y era tan solo interrumpido por los sollozos de algunas almas sensibles.

## XI

Los féretros de Rosa y Federico Cabot fueron colocados en el carro, y el fúnebre convoy se puso en marcha para el cementerio presidido por el Sr. D. Carlos Croker, nuestro amigo D. Pedro Antonio Gomez y D. Indalecio Bengochea como representante de la Sociedad Filantrópica.

A la altura de la imprenta del *Comercio del Plata* se le incorporó el Dr. Pedralvez, à quien cedió su puesto el Sr. Croker.

El acompañamiento engrósaba á medida que avanzaba el convoy. Al llegar al cementerio este era inmenso y contaba á cuanto existía de mas distinguido en la ciudad.

Aquello era solemnísimo.

Todo un pueblo se apresuraba á acompañar espontáneamente las cenizas de dos malhadadas criaturas cuyos padres ni aun se habían acordado aquel dia de informarse de su salud, despues de haberlos espulsado de su casa agonizantes!

¡Oh Pueblo! cuán grande eres en tus ímpetus, cuán imponente en tus actos! . . .

Al lado del panteon de D. Bernabe Rivera, se habian habierto dos fosas,—que aun se distinguen por dos humildes cruces de madera, teniendo la de Federico el número 40, y la de Rosa el 77,—las cuales debían recibir temporariamente los restos de ámbos hermanos.

Antes de depositarlos en ellas, los féretros fueron abiertos á fin de cubrir los cadáveres con una capa de cal viva, segun lo prescribían las disposiciones hijiénicas.

Entonces, el Dr. D. Adolfo Pedralvez y de Càpua cortó dos mechas del cabello de sus primos, y las besó y guardó respetuosamente como lo hiciera con las reliquias de dos santos.

En seguida, tomando el jóven Gomez las coronas donadas por la Sociedad Filantrópica, las colocó en las cabezas ya héladas de Rosa y Federico.

El sepulturero se disponía en seguida á rasgar la bata que velaba el seno de la vírjen á fin de echarle encima la cal viva. Pero nuestro amigo, cediendo á un movimiento instintivo de pudor y veneracion por los restos de la mártir, detuvo rápidamente la mano osada de aquel hombre, y le dijo con severidad:

—¡No profane V. la castidad de esa jóven!

El sepulturero obedeció, y echó la cal sin tocar á los vestidos con su mano.

En seguida, cerráronse los féretros de nuevo y se depositaron en las fosas.

La tierra cubrió bien pronto aquellos dos cuerpos adolescentes y hermosos, con quienes se sepultaba dos esperanzas risueñas de nuestra jóven sociedad.

Ningun elogio fúnebre interrumpió el silencio solemne de aquel acto.

¿Para qué? . . . .

¿No habia sobrada elocuencia en la presencia taciturna de aquel séquito numeroso y distinguido? . . . .

El dolor pintado en todos los semblantes, las lágrimas que sé derramaban en silencio, los sollozos que sofocabán á algunos ¿no eran acaso la apoteosis de los mártires? . . . . .

## Epílogo

Como 50 dias depues, esto es, el 30 de Mayo de 1857, el *Nacional* daba cuenta de un suceso que habia tejido lugar aquel dia, en los términos siguientes:

«—TODAVIA CABOT.—Hoy se presentó este individuo, que ha adquirido una triste celebridad, al Hospital de Caridad á chancelar la cuenta de la asistencia de sus hijos, y se trabó entre él y el encargado del establecimiento el siguiente diálogo:

« *Cabot.*—Supongo que debo alguna cosa en el Hospital.

«—Es tan insignificante! . . . V. dará lo que quiera.

« *Cabot.*—Vea V. el libro.

«—Señor, son seis patacones. Tres dias de asistencia por sus dos hijos.

« Cabot sacó una cartera preñada de papeles, tomó de ella valor de seis patacones y los entregó al encargado.

« El diálogo continuó.

« Cabot.—V. me entregará las ropas y servicios de mis hijos.

«—No hay inconveniente. (Apareció el comisario con un atado, y desenvolviéndolo, dió cuenta de los vestidos, zapatos, cubiertos etc. de los dos infelices cuanto interesantes niños.

« Cabot.—Creo que la niña trajo algunos anillos.

«—Es cierto, aquí están cinco anillos que sus dos hijos tenían.

« Cabot.—Falta el talma de mi hijo.

«—Señor, con ese talma envolvi á su hijo para que no fuese desnudo al cementerio.

« Cabot.—Bien está.

« Y cargando con el atado se retiró á pasos lentos á su morada.

« ¡ Justicia del cielo, como decia D. Florencio Varela minutos antes de ser asesinado; “justicia del cielo! que al menos caiga sobre los malos, la reprobacion de los buenos “en donde quiera que sus actos sean conocidos!”

« No tardará Cabot en pretender que no se discuta el pasado! »

---

Hijos del infortunio, fraternizamos con él donde quiera que le vemos.

El suceso que acabamos de historiar hirió en nosotros las fibras mas recónditas. La pública indignacion rozó las cuerdas de una lira, que aunque insonora y humilde, cifra toda su dicha en responder á los latidos del pueblo.

He aquí los ecos que produjo :

## UN PADRE SIN CORAZON

Marche! et qu'en te voyant on dise: «C'est ce lache!»  
Marche! et que le remords soit ton seul compagnou!

VICTOR HUGO.

¡Eran dos criaturas!—Una de ellas  
Tocaba apénas à sus quinze abriles,  
Y descollaba bella entre las bellas  
Cual descuella la *rosa* en los pensiles.

¡Un tipo de hermosura! . . . Su cabeza  
La Vénus rafaélica envidiara . . . .  
Jamás lució tan célica belleza  
Cuerpo humano ni mármol de Carrara.

Como el ébano negro, su cabello,  
En perfumada profusion de rizos,  
Bajaba jugueton hasta su cuello  
A acariciar sus púberes hechizos.

Magnética atraccion, mágico influjo  
Había en el brillo de sus grandes ojos . . . .  
Nada igualaba en nitidez y lujo  
Al rico aljófár de sus labios rojos.

La primera sonrisa de la aurora  
Cuando lucha entre sombras indecisa,  
No fuera tan hermosa y seductora,  
No igualara el candor de su sonrisa.

Y el iman de la gracia la cercaba  
Como cerca á las flores el perfume,  
Haciendo nuestra voluntad esclava  
De ese yugo que pesa sin que abrume.

Una noche la ví—¡solo una noche!—  
Dirijiendo su faz al firmamento,  
Miéntras la luna en majestuoso coche  
Cruzaba su estrellado pavimento.

Ensueños. . . ¡ ay ! . . . quimeras de ventura  
Encantaban tal vez su fantasía,  
Y reflejaban en su frente pura  
Poética y fugaz melancolía . . . . .

Oh! cuánta vida en sus facciones bellás! . . .  
Cuánta esperanza sus hermosos ojos  
Parecian contar en las estrellas,  
Entre suspiros de placer ó enojos! . . . . .  
. . . . .

\*  
\* \*

¡Eran dos criaturas, dos hermanos! . . .  
Cuatro lustros apénas, el segundo,  
En la existencia transcurára, ufanos:  
Recien el hombre despertaba al mundo.

\*  
\* \*

¡Y el mortífero brazo de la peste,  
Con ímpetu y encono temerario,  
Vino á trocar su engalanada veste  
Por el negro, fatídico sudario!

Y ambos hermanos del contagio heridos  
En brazos de sus deudos se arrojaron....  
Y á sus ayes y míseros gemidos,  
Sus deudos inhumanos se alejaron!....

¡ Y hasta el autor infame de sus dias  
Abre tan solo al pánico su pecho,  
Y con manos sacrílegas, impías,  
Espulsa á los dolientes de su techo!!...

¡ Y miétras náda el padre en la opulencia  
Y de egoismo sórdido en el vicio,  
A mendigar la pública clemencia  
Son los hijos llevados á un hospicio!!!

.....

•  
\*  
\* \*

Y allí la dulce caridad cristiana  
Los acoge solícita, amorosa . . . .  
Mas, ay, en vano! que la parca insana  
Les cava ya la funeraria fosa! . . . .

\*  
\* \*

El tigre en su guarida, la hiena en su caverna,  
El lobo cárnico y el bárbaro chacal,  
La ley obedeciendo universal, superna,  
Responden á las voces de instinto paternal.

¡ Y tú, padre menguado, baldon de nuestra raza,  
Ensondeciste al grito de tu paternidad! . . . .  
Pudiste á tu conciencia poner una mordaza  
Y rechazar tus hijos con bárbara crueldad!

Avaro, solo oíste la voz de tu avaricia;  
Cobarde, solo oíste la voz de tu terror:  
No solo les negaste tu techo, con sevicia,  
Sino hasta los socorros de mínimo valor!

Lanzástelos, cual perros pestíferos se lanzan,  
Sin una sola lágrima de conmiseracion! . . . .  
Y ni sus tiernos años á conmover alcanzan  
Las fibras de tu seco, podrido corazon!

No fué, no, la epidemia la causa de su muerte,  
Lo que rasgara en trizas su pecho juvenil:  
Fué el golpe mas terrible, inesperado y fuerte  
De tu conducta infame, de tu despago vil!

Fué el pensamiento amargo que su cerebro hendia  
Al verse rechazados del techo paternal,  
Rodeado por estraños su lecho de agonía,  
Cual huérfanos cuitados, en medio à un hospital!

¡Y vives, miserable! y tu impiedad estrema  
Con *funerales* quieres enmascarar quizá! . . . .  
Y vives, y no temes el público anatema  
Que envuelve ya tu nombre, que te fulmina ya!

Si, vive, miserable! La vida es el preludeo  
Del ejemplar castigo que pesa sobre tí:  
La espacion tremenda del bárbaro repudio  
Que hicieras de tus hijos agonizantes . . . . sí!

Preciso es que tú vivas, chacal, para escarmiento  
De tu nefando crimen, de tu crueldad sin par;  
Para apurar las heces de atroz remordimiento  
Que agúardate en la vida por único manjar.

Sí, vive! Donde quiera que asomes la cabeza  
Te abrumará el reproche de santa indignacion!  
Sí, vive! que en la vida la espiacion empieza  
Del réprobo, en los brazos del público baldon!...

Sí, vive, miserable! La sombra de tu crimen  
Con pavorosas ansias te acosará doquier!...  
Sí, vive! que á ese pago tremendo no te eximen  
Tus arcas llenas de oro, judío mercader!...

Que en pos de haber sufrido vejámenes doquiera  
Y el hórrido tormento de una agonía atroz,  
¡Oh padre sin entrañas! terrífico te espera  
El juicio espiatorio del tribunal de Dios!

*Heraclio C. Fajardo.*

Montevideo, 17 de Abril de 1857.

---

Cuatro dias despues, con motivo de la suspension temporaria del periódico que redactábamos, iniciamos el siguiente pensamiento. Hemos esperado á que terminase la época calamitosa porque pasábamos entónces para llevarlo á cabo.

Hoy que la poblacion ausente de Montevideo ha regresado á sus hogares, nos proponemos realizarlo á la mayor brevedad.

Invitamos, pues, á las personas que simpaticen con él á que le presten su apoyo. ¿Podrá el tiempo haber resfriado el sentimiento público hasta el extremo de mirarlo con indiferencia? . . . hasta el extremo de que el pueblo se muestre inconsecuente con sus actos mas solemnes? . . . .

No lo esperamos, por cierto.

## LOS HERMANOS CABOT

### Funerales por el descanso de sus almas

Al terminar su primera época, *El Eco Uruguayo* cree corresponder dignamente á su título y á la filantropía de sus principios iniciando un pensamiento de que se honrará eternamente, y cuya realizacion depende de la cooperacion que no duda se apresurarán á prestarle sus cólegas y la fiel y humanitaria poblacion montevideana.

Su Director propone, pues, que el Pueblo costée unos funerales por el descanso de las almas de los tiernos y malhadados hermanos Doña Rosa y D. Federico Cabot.

Es necesario que este acto lleve el sello popular, impreso en todo lo concerniente al suceso de que aquellos hermanos fueron víctimas.

La beneficencia pública recogió esas desgraciadas criaturas arrojadas á la calle por la desnaturalización y el egoismo; la beneficencia pública las socorrió con los auxilios de la ciencia, con sus cuidados maternales; la beneficencia pública cerró sus ojos en la agonía y condujo sus cadáveres á la última morada: la beneficencia pública debe costear sus funerales.

A la prensa, eco del pueblo, corresponde adoptar ó desechar este pensamiento: las consideraciones espuestas nos hacen esperar que le adoptará unánimemente, y que nos secundará en la invitacion que dirigimos al público á suscribirse en la librería de D. Jaime Hernandez, en la Confitería Oriental y en la librería de enfrente, donde habrá una

nómina con esta invitacion impresa á la cabeza, en la que podrán inscribir su nombre las personas que quieran contribuir con la mínima donacion pecuniaria á este acto filantrópico y cristiano, y donde recibirán una hoja impresa con la *historia de la desgracia de aquellos jóvenes malogrados*.

El producto de esta suscripcion será entregado á una Comision de ciudadanos caracterizados que se nombrará al efecto, y que encargará y presidirá los funerales, para los que se invitará oportunamente por medio de los periódicos.

La realizacion de este pensamiento no exige mas que apoyo moral, atenta la insignificancia de los gastos que demanda, y coronaria de un modo digno la obra de caridad pública y cristiana tan noblemente comenzada.

El Director que suscribe, al apelar de esta manera á los sentimientos píos y generosos de la poblacion montevideana, lo hace confiando en el general interés que ha despertado en ella la singular catástrofe de los hermanos Cabot, y en que cuando se trata de actos que tienden á probar la cultura, piedad y caridad de un pueblo, no se consulta la oscuridad del nombre que los inicia sino las impulsiones del corazon de cada uno.

Es en este concepto que espera ver fructificar un pensamiento, que no es mas que hijo del sentimiento público, y al mismo tiempo, que los demas órganos de la prensa y el pueblo montevideano tomen en él la parte que les corresponde por su noble y elevada conducta en el trágico suceso de aquellas desgraciadas criaturas.

**Heraclio C. Fajardo**

*Montevideo, 21 de Abril de 1857.*





*Harmon*

